



Escuela de Ciudadanía

6

Apuntes de actualidad social Nº 11



Nación y región en el País Vasco, 1868-1898

Indalecio Prieto y Jose Antonio Aguirre, 1930-1960

De los años del acero a los años del claroscuro. 1960-1980

Resúmenes del 1º ciclo 2019 de la Escuela de Ciudadanía

INTRODUCCIÓN.

Respondiendo al compromiso de la **Escuela de Ciudadanía** de Hartu Emanak, de enviar a todos los asistentes que lo hayan solicitado el resumen de las charlas impartidas en cada ciclo y en cumplimiento de los objetivos de este proyecto, queremos dar la mayor difusión posible a estos temas en la confianza de que puedan ayudarnos a formar criterio sobre la actualidad y animarnos a participar en construir una democracia más participativa, es por ello que elaboramos este número de lo que hemos dado en llamar “ Cuadernos de Actualidad Social”

A lo largo de estas páginas resumimos lo más significativo de lo dicho en las tres charlas de este primer ciclo del 2019:

1ª Nación y región en el País Vasco, 1868-1898: fueros, provincias e identidad Colectiva.

2ª Indalecio Prieto y Jose Antonio Aguirre en la política vasca, 1930-1960.

3ª De los años del acero a los años del claroscuro Euskadi, 1960-1980

Como en ocasiones anteriores, queremos agradecer a todos los asistentes a las charlas y a todos aquellos que lean estos resúmenes, por dar sentido a nuestro pequeño esfuerzo.

SARRERA

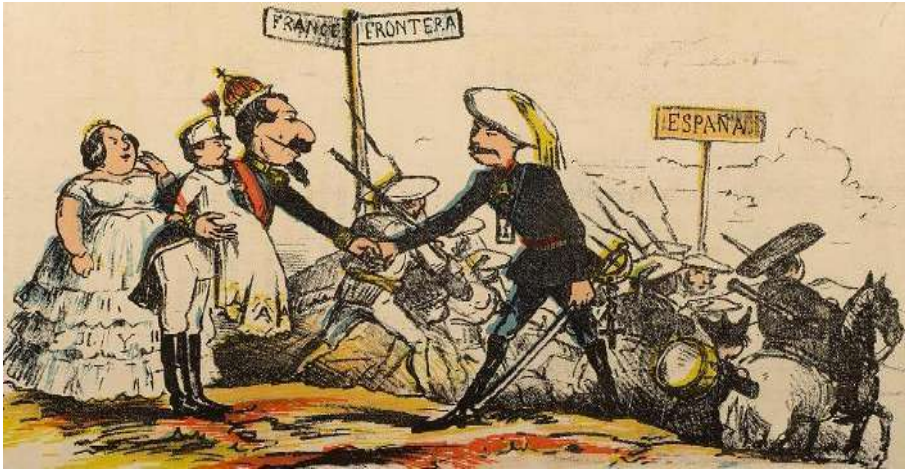
“Hartuemanak”-en “Hiritartasun Eskola”-ren ziklo bakoitzean emandako hitzaldien laburpenak eskatu dituzten guztiei hauek bidaltzeko hartutako konpromesuari erantzunez, eta egitasmo honen helburuak betetzeko, gai hauei ahalik eta hedapenik handiena eman nahi diegu, irizpideak izaten lagunduko digutelakoan, eta demokrazia partizipatiboagoan esku hartzera animatuko gaituztelakoan. Honexegatik guztiagatik”Gaurkotasun Sozialeko Koadernoak” izendatu dugunaren zenbakia egin nahi izan dugu.

Orrialde hauetan zehar 2019ko azken zikloaren hiru hitzaldietan esandako garrantzitsuenaren laburpena egin dugu:

Altzairuaren urteetatikArgi-ilunen urteetaraEuskadi, 1960-1980
Indalecio Prieto y Jose Antonio Aguirre en la política vasca, 1930-1960
De los años del acero a los años del claroscuroEuskadi,

Aurrekoetan bezala, eskerrak eman nahi dizkiegu solasaldieta etorri diren guztiei eta laburpen hauek irakurriko dituzten guztiei, urte honetan egindako ahalegin txikiari zentzuna ematen diotelako eta etorkizunean egitasmoarekin jarraitzeko animatzen gaituztelako.

Nación y región en el País Vasco, 1868-1898: fueros, provincias e identidad colectiva



La charla fue impartida por Fernando Molina Aparicio, Doctor en Historia Contemporánea y profesor de la UPV, el 21-2-19 y en resumen se dijo:

Dicen los historiadores nacionalistas que la historia la escriben los vencedores, ¿Quiénes son estos? Blancos, cristianos, españoles (¿republicanos?), erdelunes, euskaldunes, ¿Quiénes son los vencedores?.

Iñaki Egaña, el historiador partisano más mediático en la actualidad fabrica libros de historia que tienen una factura deudora del aludido complejo industrial-militar, de ahí su normalización del terrorismo de ETA dentro del clásico cuadro de violencias agresoras y defensivas que habría condicionado la trayectoria histórica del “pueblo vasco”. Califica la “historia vasca” como la historia de un “pueblo” robada y ocultada por “los cronistas que, al servicio de los vencedores, nos la han adornado para justificación de sus crímenes” [contra dicho pueblo]. Así, es una historia en la que uno debe “ponerse en la piel de quienes la padecieron”. Con un estilo directo, como si estuviera contando una fábula, los fundamentos científicos de su relato histórico son impenetrables. Por ejemplo, “dicen que el llamado espíritu emprendedor de los vascos está detrás de la aventura de Juan Sebastián Elcano”. Los “dicen” se reiteran a lo largo del libro sin que se sepa quién “dice”, ni cómo ni cuándo.

No en vano cada uno presenta un lugar común que cualquier persona inserta en el *framing* nacionalista puede conceder como cierto. El Reino de Navarra aparece mitificado como el Estado nación perdido y, en torno a él, revueltas populares, brujas, fueros, diásporas, batallas, masacres, represiones, derrotas y genocidios, que definen la “epopeya nacional” de un pueblo milenario. La aspiración de este historiador es renovar una ciencia histórica que permanece como “una materia trasnochada, confusa a veces”,

repartida por “los expertos” en “cajones estancos, difíciles de compartir”. Por esta razón, defiende que es necesario integrar todos esos cajones en un relato único nacional, con el fin de acercar la historia al “interés general”, “sacar[la] a la calle” y “recuperar estos pasajes que a mí, al menos, me parecen tan valiosos”.

Pese a la ausencia de fundamento científico alguno en sus trabajos, sus estudios han sido amparados por la Sociedad Aranzadi, la institución científica no universitaria más prestigiosa del País Vasco. En sus locales ha presentado sus libros, con la colaboración de destacados miembros de esa institución como Francisco Etxebarria, antropólogo forense experto en excavaciones de fosas de víctimas del franquismo y director de un multimillonario proyecto sobre la violencia franquista que integra a esta Sociedad, el Instituto de la Memoria Histórica del Gobierno Vasco y la Universidad del País Vasco.

Desde la Transición, la historiografía vasca no ha parado de escarbar en el pasado anterior a la fundación del PNV para intentar datar antes de esa fecha el surgimiento de la idea nacional vasca. El fuerismo se ha visto directamente afectado por esta dinámica empeñada en aislar todas las manifestaciones históricas que señalen una continuidad cultural o política hacia este nacionalismo, que son reiteradamente citadas, interpretadas y clasificadas una y otra vez, exprimiéndose hasta la última gota de su potencial significado «prenacional». Ello ha requerido ignorar o despreciar los aspectos unitaristas que el discurso de la identidad foral decimonónica albergaba y que no permitían que la idea de nacionalidad vasca brillara con su merecida intensidad.

En el caso concreto del fuerismo (y otro tanto puede decirse del carlismo) lo que debería dejarse claro como principio es, precisamente, lo que rara vez se hace: que no se puede entender el nacionalismo vasco sin él pero *sí* se puede —y se debe— entender a aquél sin éste. Porque el fuerismo existió y cumplió una función social en un determinado contexto histórico, al margen de que, posteriormente, ya en otro contexto, unos pocos de sus componentes se convirtieran en nacionalistas vascos.

La calificación de «prenacionalismo» o «protonacionalismo» que recibe insistentemente resulta, pues, absolutamente inviable para comprenderlo históricamente, al igual que los análisis que lo enmarcan como un mero «antecedente» del nacionalismo. Todo ello acaba por ahogar el fenómeno en función de lo que llegará a ser (por razones circunstanciales, nunca esenciales) en un tiempo posterior. Porque la cuestión es que no todo «pre» o «protonacionalismo» termina en nacionalismo. La historia de cualquier colectivo humano consta de una serie de fases y unas, evidentemente, preceden a otras, pero eso no significa que las que preceden necesiten de sus sucesoras para ser comprendidas. La identidad foral no puede prejuiciarse en sus caracteres políticos y simbólicos en función del sujeto nacionalista que la reinterpretó en clave nacional a fines de siglo.

1. Fuerismo

Durante el siglo XIX varios discursos políticos se ocuparon de convertir un conglomerado de poblaciones que había recibido históricamente múltiples y variados apelativos (*vizcaínos, cántabros, bascongados*) en una comunidad humana de atributos políticos soberanos definida por la foralidad, es decir, la cultura política que en torno a los fueros provinciales había ido levantándose durante la época moderna. Estos discursos componen el fuerismo. Toda identidad colectiva de signo político es un conjunto de ideas e imágenes, mitos, símbolos, representaciones sociales y mentales que permiten imaginarse a un grupo humano como comunidad política y le dan la posibilidad de actuar de manera colectiva. La delimitación social de la identidad colectiva se hace de manera dialéctica, frente a (o en contraposición de) otras comunidades. Implica la imaginación de un «nosotros» que comparte una cultura común. Un «nosotros» que suele ser de reciente construcción, a pesar de refugiarse en la prehistoria. Un «nosotros» que se adquiere, que no está determinado por innatismo o naturalismo alguno. El fuerismo fue un buen ejemplo de ello como vehículo de transmisión de una identidad nacional, la española, y de una etno-regional, la vasca, que sólo existían en tanto que representación social trasladada por una serie de agentes sociales a un determinado público de la mano de una serie de discursos e instrumentos de comunicación en un tiempo que inicia la crisis del Antiguo Régimen y que finaliza el afianzamiento de la sociedad de masas en España (*grosso modo*, 1808-1898).

El fuerismo fue la forma que adoptó el liberalismo en el País Vasco, aunque también participó activamente en la cultura del carlismo. Esta dualidad con que se expresó nació de la vacuidad de su cultura política, que le permitía adaptarse a cualquier representación colectiva debido a su «poliformismo», su capacidad de almacenar opciones y proyectos de muy diverso signo. En esta cultura los fueros no constituían tanto un hecho jurídico como una representación mítica, lo que permitía hacer de ellos una lectura tradicionalista—que los equiparaba con la religión «íntegra», la desigualdad entre colectivos históricos jurídicamente diversos, el gobierno de la baja nobleza rentista y la idealización de los valores familiares y modos de vida campesinos— como una alternativa visión modernizadora, que les atribuía caracteres políticos asociables al liberalismo, federalismo, republicanism, etc. Dio forma a una identidad política promovida por la elite que gestionó el poder institucional en el tránsito hacia el nuevo orden liberal, reorganizada al finalizar la Primera Guerra Carlista en torno al Partido Moderado.

La identificación del ciudadano con la etnia se lograba a través de cauces mediadores como la familia, localidad, región, clase, religión y otras lealtades de gran fuerza cohesiva, entre las que estaba la propia etnia. En la España del siglo diecinueve existían muchos grupos a los que se podía pertenecer de forma simultánea y que reclamaban su correspondiente lealtad. Dentro de la identidad común, de la «patria mayor» como se decía entonces, convivían una multiplicidad de identidades cuyos elementos definitorios eran culturales y que estaban territorializadas en un ámbito regional o provincial, de «patria menor». Una de ellas era la vascongada que estaba, a su vez, seccionada, pues cada provincia vasca era imaginada como una comunidad de linaje, definida por la religión católica, la lengua campesina y las costumbres colectivas personificadas en los fueros.

Esta identidad etno-regional fue construida por los intelectuales y políticos que, durante los años del régimen isabelino, pretendieron casar doctrinalmente el Estado nacional con los fueros provinciales. Ellos elaboraron el fuerismo como una teoría acerca de los vascos y sus derechos políticos que derivó en el principal argumento de representación de la identidad de este colectivo histórico. Para ello, aplicaron un enfoque esencialista a la representación de los fueros, fosilizándolos y expulsándolos de la historia. Los fueros demostraban la intangibilidad de la autonomía política provincial y su condición inmemorial y eran, junto con el euskera y el catolicismo, la clave de la identidad vasca.

Como expresión jurídica de los usos, tradiciones e instituciones de las provincias vascongadas, la esencia política de los fueros era su condición de título destinado a alcanzar, bajo la excusa de la historia, aspiraciones políticas del presente. Por ello constituían un factor socialmente integrador, elitista en su formulación pues la definición patriótica que se hacía de ellos solo era accesible para una minoría ilustrada, pero dotado de un gran potencial popular debido a su asociación romántica a la cultura campesina euskaldun y a exenciones de servicios militares y fiscales de las que se beneficiaba toda la población y que estaban muy arraigadas en las clases populares.

La ambigüedad ideológica de los fueros, su pretendida condición inmemorial, lo mismo los convertía en ejemplo de democracia que en modelo de tradición íntegra no hollada por el liberalismo. Según afirmaba, en mitad de la polémica foral de 1876 el diario madrileño *La Paz*, órgano de expresión del fuerismo, eran la expresión del espíritu del pueblo vasco. Pero, en realidad, tal espíritu era un producto elaborado por una pequeña capa de eruditos cercanos a la elite de poder provincial de la etapa isabelina (Trueba, Ortiz de Zárate, Egaña, Delmas, etc.) o del Sexenio (Sagarmínaga, Herrán [Joaquín y Fermín], Becerro de Bengoa, Manterola, etc.), que se valieron de una estética de corte ruralista y legendario para difundir una imagen unitaria de estas provincias, plagada de todos los componentes clásicos de la etnicidad: la singularidad económica, territorial, religiosa, lingüística, sanguínea y consuetudinaria, así como la disposición de una serie de mitos remitentes a un pretendido Ancestro común (Túbal, Aitor) que dotara a la comunidad de una pretendida categoría familiar.

La contemporaneidad reinventó a los vascos como pueblo en tanto que respuesta política adoptada ante la revolución liberal por las elites que gobernaban a unas poblaciones beneficiarias del Antiguo Régimen. Lo que no significa que bajo apelaciones como *cántabros*, *vizcaínos* o *bascongados* no se hubiera incubado una identidad colectiva embrionaria que terminó por adquirir cierta afirmación política en el siglo diecinueve. Comenzó a formarse durante la edad moderna como expresión de la lealtad a la Corona de los Austrias de las elites afincadas en las provincias forales. Fue el resultado de la participación de las comunidades locales agrupadas en esas provincias en el reparto de bienes y servicios que supuso la constitución del imperio español y la afirmación de una frontera territorial entre el reino de España y el de Francia. Interceptó en el siglo XVI con la española en un mismo proceso de representación colectiva y ya no se separaron salvo en los segmentos sociales que se identificaron con el movimiento nacionalista vasco a fines del XIX, y aún ni siquiera en éstos, por cuanto al ser la retórica antiespañola su más

activo componente de identificación, la dependencia respecto de España permanecía activa, si bien pasaba de una clave asociativa a una disociativa.

La ley de fueros de 25 de octubre de 1839 convirtió las provincias vascas en un campo de ensayo del liberalismo regresivo, obsesionado por lograr alcanzar el desarrollo capitalista en el seno de un sistema político de mínimos. El liberalismo vascongado hegemónico compartía con el legitimismo carlista el culto a la diversidad cultural y étnica frente al liberalismo unitario, al que acusaban de buscar reducir el complejo organismo social a unas cuantas reglas igualadoras y a una ciudadanía despersonalizada por un Estado burocrático, desligada de las tradiciones y las costumbres locales, proclive a la temible igualación ciudadana, que desde 1871 era vista como antesala del «comunismo» (el de la *Comune* de París). Así, anteponía —pero no oponía— la «patria menor» (la *familia* étnica, local o provincial) a la «patria mayor» (la *familia* nacional cívica) demasiado abstracta y anónima. Demandaba la seguridad de la libertad foral tanto contra el temido *despotismo* del Estado y de las muchedumbres (el *populacho*) y defendía la herencia social de las antiguas elites preindustriales —la corona, el clero, la nobleza terrateniente—, unidas ahora a las comerciales e industriales limitadamente comprometidas con la revolución. En el relato de identidad del fuerismo moderado, que fue el constitucionalizado en 1839 y el que modeló la foralidad decimonónica, el sujeto social no era nunca el individuo sino la familia, el linaje y la provincia. Las provincias «exentas» eran representadas como comunidades naturales identificadas con un entramado foral inmemorial y orientadas al pasado, característica muy importante de las identidades colectivas identificadas con culturas campesinas, destinadas a la resistencia contra el cambio generado por el liberalismo y el capitalismo industrial.

2. Regionalismo

Durante la época isabelina, gracias al respaldo de los sucesivos gobiernos del Partido Moderado, las oligarquías provinciales que ocupaban las diputaciones forales se aplicaron a la tarea de construir y difundir la etnicidad vasca dentro y fuera de la provincia mediante la gestión política, el debate parlamentario y una amplia serie de políticas simbólicas y de comunicación. Así, el reforzamiento de la autonomía foral fue paralelo a la invención de una tradición vasca que fue más allá del terreno literario o intelectual y adquirió una dimensión social relativamente amplia. La imprenta, órgano fundamental de la comunicación social, se puso al servicio de la nueva identidad colectiva. Se publicaron o reeditaron leyendas e historias sobre el pasado de los vascos, tratados que exaltaban su organización jurídica y la estereotipaban desde pautas rurales y católicas, estudios apologeticos de su lengua y modos de vida campesinos, etc.

El éxito nacional de escritores como Antonio de Trueba y su mimo por los medios de comunicación madrileños, la publicación de folletos e historias de los fueros, la reedición de clásicos foralistas, la aparición de obras de conservadores profueristas como Rodríguez Ferrer, Marichalar y Manrique o Mañé y Flaquer y la publicación por parte de las diputaciones de los discursos fueristas de los congresistas vascos fueron mojones de tal proceso de invención de la cultura fuerista.

El fuerismo, en tanto que lenguaje de patriotismo múltiple parangonable al catalanismo y otros discursos políticos periféricos, transmitía la identidad de la nación mediante la exaltación de la provincia y la comunidad étnica que ésta formaba con sus hermanas forales, que a veces eran dos y a veces tres (*Irurac-Bat* o *Laurac-Bat*). Representaba lo español, lo vascongado y lo provincial como una tríada interdependiente y, a su vez, asociativa a otras muchas lealtades locales, políticas, etc. Su insistencia en la especificidad y originalidad de los vascos tenía como fin realzar la contribución excepcional de este pueblo a las glorias de una comunidad nacional que era España.

Puede que su singular concepto de la españolidad fuese un hábil instrumento de legitimación del poder foral, incluso en contextos de movilización patriótica general como los ocurridos con motivo de la Guerra de Marruecos de 1859 o la de Cuba de 1868, pero ello no es obstáculo para que no fuese vehículo nacionalizador. Y es que el nacionalismo es cualquier cosa menos una identidad emotiva en su sentido platónico. Como fenómeno social está unido a la acción colectiva de individuos que han nacido en comunidades humanas definidas por el liberalismo como ideología y el capitalismo industrial como sistema de relaciones socio-económicas.

La utopía cultural que defiende el nacionalismo siempre esconde intereses muy específicos de los grupos humanos que la elaboran. Es imposible comprenderlo sin atender a su componente social instrumental, según ha expuesto L. Greenfeld en un estudio ya clásico y, antes que ella, teóricos sociales como E. A. Tyrakian, R. Rogoswski, J. S. Coleman, R. Hardin, M. Banton, etc. Estos últimos, aplicando al nacionalismo las teorías de la elección racional, defienden que la participación de los individuos en movimientos o discursos nacionalistas no es producto de un sentimiento de pertenencia previa sino que nace del interés, de la expectativa de obtener de esa forma algún beneficio que puede ser material pero que normalmente tiende a ser más complejo, de signo emocional, psicológico, etc. Paul R. Brass, seducido por viejas querencias marxistas, llega a apuntar, incluso, cómo tanto el nacionalismo como la etnicidad son creaciones de elites que se sirven de ellos en beneficio propio, en su búsqueda de poder político o ventajas económicas.

El nacionalismo no se hace en despachos o gabinetes, ni se elabora primordialmente en *memorandums* administrativos o asambleas de juntas y diputaciones forales. Se hace en la calle, en el espacio público. Y ello explica que patricios como Fidel de Sagarmínaga o Antonio de Trueba, los mismos que elaboraban prolijas disquisiciones eruditas sobre la atemporalidad de los fueros provinciales y la preexistencia de la soberanía provincial respecto de la nacional, esos fueristas insistentemente colocados por muchos historiadores vascos en categorías de contestación a la identidad española y de elaboración de una pretendida identidad vasca competitiva con ella, formaran parte del tribunal que designó las leyendas que adornaban la pilastra sobre la que descansaba el Mausoleo construido en el cementerio bilbaíno de Mallona a los liberales caídos en la primera Guerra Carlista. Un enorme mausoleo coronado por una matrona que representaba la «Libertad» y, como tal, la «Patria» (la mayor, la española). Un mausoleo cuya inauguración en 1870 (y el año y contexto político no son circunstanciales) tuvo lugar entre desfiles, himnos patrióticos, salvas de cañón y una sucesión de discursos de

exaltación a la nación cerrados por un «¡viva España!» lanzado por el alcalde, Félix Aguirre, y contestado por varios miles de ciudadanos reunidos en el altozano de Begoña, la inmensa mayoría de ellos, si no todos, fueristas conscientes...

El gran debate sobre la identidad nacional abierto con la crisis del Antiguo Régimen no se cerró hasta la llegada al poder del Partido Moderado y la síntesis entre revolución y legitimismo que amparó. Desde 1843, como ya observaron Jose María Jover o Jose Luis Comellas, y José Álvarez Junco ha acabado por refrendar, el moderantismo procedió a reelaborar el discurso nacional en términos más culturales y románticos, políticamente restrictivos. Y es que únicamente cuando el conflicto político se moderó, precisamente con la llegada al poder de la facción liberal más cercana ideológicamente al universo político legitimista, pudo comenzarse la efectiva nacionalización de la cultura. Fue entonces cuando se definió una identidad política común a todos los españoles.

En el tiempo de las Cortes de Cádiz el liberalismo había identificado la idea de nación con su teoría constitucional, dándola por supuesta a través de una lectura muy generosa de la tradición representativa de las Cortes medievales y del movimiento revolucionario popular desatado en 1808. Fue en el periodo isabelino cuando se consiguió, de la mano del romanticismo, convertir ésta en mito consensuado de la cultura del Estado. A cambio de moderar su contenido político «proyectivo» con un fuerte sentido histórico «retrospectivo» (utilizo los términos de Maravall y Jover), académicos, periodistas, literatos, artistas y políticos dotaron a la nación de un pasado con el que todas las tendencias políticas se conciliaran pues, por fin, la identidad colectiva de signo católico, monárquico y aristocrático fue integrada en ella.

Fue entonces cuando su pasado comenzó a fijarse por medio de ambiciosas historias nacionales, que definieron una memoria canónica de glorias, héroes y hazañas, mientras su espacio fue delimitado por la historia y ciencias auxiliares como la arqueología, que convirtieron la piel de toro en un almacén de lugares de memoria (Numancia, Sagunto, Toledo, Covadonga). Y fue entonces cuando su faz fue iconografiada por la pintura o la escultura, obtuvo cuerpo gracias a la arquitectura urbana y éste espíritu a través de la literatura y la historia. En este proceso de definición historicista de la identidad nacional debe situarse la elaboración del imaginario fuerista. La nación acabó definida como un resultado histórico inmutable; su imaginación se adecuó a planteamientos organicistas que la colocaban por encima del individuo como una representación colectiva que podía ser cercana al ciudadano como emoción suscitada por el conocimiento de su historia o artes además de como práctica política. Y la foralidad formó parte fundamental de esa concepción nacional, como un útil recurso periférico para un nacionalismo que buscaba consenso en la memoria de las diversas Españas históricas.

El hecho diferencial de los vascos hasta la llegada del nacionalismo *bizkaitarra* consistía en que eran los más auténticos de todos los españoles, idea que tenía perfecto encaje en una sociedad romántica como la española del ochocientos, obsesionada por encontrar sus esencias en el pasado y presentarlas como elemento moderador de las disputas políticas del presente.

3. La identidad vasca en la diáspora

El último tercio del siglo XIX es una época de emigración masiva de vascos. Con los emigrantes siempre viajan identidades y, lo que es más importante, éstas cambian y se transforman según sus experiencias en las tierras que los acogen. Después de la independencia de las colonias americanas no termina el vínculo cultural entre las Españas europea y americana; muy al contrario, éste se moderniza, en tanto que se nacionaliza, por utilizar el paradigma asociativo de Liah Greenfeld. El océano no separa la España nacional (y nacionalista) de América. Permanecen Cuba y Puerto Rico como testimonio de su dimensión imperial y nacen prósperas colonias de emigrantes en el Río de la Plata, México o Perú. La «crisis atlántica» de la Monarquía hispana es, en su derivación de debate interoceánico sobre la relación entre nación y territorios imperiales, un poderoso factor de alimento de la compleja trama de identidades colectivas del siglo diecinueve hispánico. La diáspora vasca en América constituye un muy útil caso de estudio sobre la función del fuerismo en la elaboración de la identidad vasca, y sus potencialidades de adaptación de ésta a un medio nacional distinto al español.

La memoria nostálgica de los fueros, pretendidamente abolidos por la ley de 1876 según un episodio sabiamente mitificado por el fuerismo de la Restauración, viajó a América de la mano de emigrantes republicanos y carlistas, y de un variado colectivo humano que precisó de instrumentos culturales con que definirse y asociarse en los lejanos países en que se estableció.

La directiva de la primera casa de emigrantes vascos de América, el «*Laurak-Bat*» de Montevideo, fundada en 1876, no dejaba pasar un 21 de julio sin conmemorar tal episodio como momento crucial en la definición de la común identidad vasca en los nuevos países de acogida: «Hoy, al recordar la fecha del 21 de julio de 1876, volvemos los ojos al roble venerando que simbolizó nuestra libertad: y protestamos de nuevo de nuestra adhesión incondicional a las tradiciones de nuestros mayores». Estas manifestaciones indican que, durante los veinticinco últimos años del siglo, comenzaron a multiplicarse políticas de construcción de la identidad vasca en los países americanos, encauzadas por el movimiento asociativo emigrante y los líderes étnicos que detentaron la representación social de esta colectividad.

Los vascos llegaban a países que se encontraban en pleno proceso de nacionalización de las masas. Esta nueva etapa nacionalizadora no fue incompatible con la promoción de las lealtades étnicas de los diversos colectivos que formaban las nuevas comunidades nacionales. El caso paradigmático fueron los Estados Unidos, en donde el Estado incentivó la creación de múltiples identidades complementarias en una misma idea de nación (consolidada tras la Guerra de Secesión) entre los emigrantes llegados en masa en las décadas finales del siglo. No es que la identidad étnica fuese traída por esos emigrantes y enriquecida luego en el país de adopción. En muchas ocasiones se trataba de poblaciones campesinas que estaban siendo nacionalizadas por entonces en sus países europeos de origen, por lo que la identidad etno-nacional que podían traer era sumamente tenue. Lo que realmente ocurría era que, una vez pasada la isla de Ellis, su

identidad étnica era reelaborada o construida por entero para servir de cauce a la nacional anfitriona. El funcionamiento de tal mecanismo identitario no era muy diferente al que estaba ocurriendo en los países de los que provenían respecto de identidades subnacionales como la regional, en Francia o Alemania, y la local, en Italia. Y, desde luego, era muy similar al que ocurría en España.

La etnicidad foral permitió al colectivo emigrante vasco gestionar su propia identidad, vinculándola a la española de forma sentimental, o desvinculándola de ella cuando llegó el nacionalismo vasco, como factor definidor de una frontera interior que reforzaba la identificación entre la identidad étnica vasca y la nacional del Estado de adopción o de nacimiento (caso de la primera generación nacida fuera de la península). La nacionalización sentimental de la identidad vasca de la diáspora dependió, de nuevo, de la participación en este proceso de unos líderes cuyo discurso partía de un fuerismo adaptado a las culturas nacionales americanas. De nuevo el potencial identificador múltiple con que se elaboró la identidad vasca, gracias a su perfil étnico, permitió una diversidad de identificaciones nacionales.

La virtualidad étnica de lo vasco permitía alimentar las más variadas identidades nacionales, llegando a extremos asociativos francamente notables. Había países americanos que no contaban con la ventaja de poder remontar sus ancestros patrios a una civilización precolombina (como ocurría en México o Perú) y que tampoco gozaban de un abundante suministro de emigrantes que reforzara racialmente una casta ciudadana europea, caso del Río de la Plata. Así lo lamentaba el catedrático de la Universidad de Caracas, Aristides Rojas, en la ofrenda patriótica que compuso con motivo de la inauguración de la estatua ecuestre del «Libertador», Simón Bolívar, en Caracas, el 7 de diciembre de 1874. Venezuela, como todos los países situados entre el Río Colorado y el Río Grande, se encontraba en proceso de nacionalización de masas. Las políticas simbólicas que participaban en él tenían como cauce fundamental la exaltación del héroe patrio, un héroe que en muchos países del Cono Sur sólo podía remontarse a la «epopeya de la Independencia». Y un país como Venezuela contaba con el privilegio de ser la cuna del «Libertador». Pero el héroe no era suficiente si no contaba con unos ancestros que sedimentaran su gloria como manifestación del carácter nacional. El héroe ciudadano no era nada si no reposaba sobre el humus biológico de la etnia. Y qué mejor etnia sobre la que plantar la patria venezolana que aquella de la que procedía el libertador de América.

Ante el Presidente de la República, General Antonio Guzmán Blanco, Arístides Rojas pronuncia su panegírico de la única nacionalidad geológica del mundo, la única colectividad que, como los fueristas españoles le habían enseñado, «no databa». En los Pirineos, en una «región inaccesible poblada de picos almenados de riscos y sitios escondidos» habitaba «el vasco indómito». Y, ¿qué es el vasco?: «El vasco es la nacionalidad triunfante: es el Araucano de los Pirineos (...) No hay pueblo, no hay roca, no hay árbol que no haya sido testigo de sus proezas desde las más remotas épocas». Los sustantivos a que recurre indican el poso geológico del asunto. Evidentemente, esas proezas había estado orientadas a la salvaguarda de la Madre Patria de los vascos: «al registrar las páginas inmortales de España, recordarán que el vasco pertenece a todas las glorias y a todos los lugares». Y, dado que la mayor gloria de España fue la conquista y

colonización de América, se centra en aislar el «elemento vasco» en la historia patria, «en nuestra conquista y en los días del coloniaje (...) contribuyendo a la emancipación de Venezuela, a la celebridad de sus hombres, a la Independencia y sostén de la Patria y a la gloria inmortal del primero y más grande de sus hijos».

Dado que la nación es natural, la venezolana existía cuando Colón pisó aquellas tierras, sólo que estaba durmiente, esperando que los españoles le dieran hálito. Pero no cualquier español estaba capacitado para ello, sólo el biológicamente más puro podía hacerlo. Así, de entre las «diversas ramas de la nacionalidad española de que se origina la población de Venezuela, ninguna con más justos títulos a la gratitud nacional que los vascos». Más que catalanes, canarios, andaluces o castellanos, fue la Compañía Guipuzcoana de Caracas la que permitió a Venezuela salir «del triste estado en que yacía después de la conquista», sumida en el atraso por carecer de oro o plata y de un imperio indígena precolombino que diese lustre a su identidad primordial. Así, los vascos trajeron mucho más que «la riqueza y el cultivo de la tierra», trajeron «la familia en el sentido general: la patria, y la familia en el sentido íntimo: el hogar». Su carácter transmitía, allí donde se estableciesen, valores muy adecuados para tiempos de desorden democratizador: «las virtudes del hogar y el amor al trabajo y a la patria».

Se trataba de las mismas virtudes a que habían apelado los liberales fueristas, los Trueba, Delmas o Egaña dentro de las provincias forales, o Rodríguez-Ferrer o Marichalar y Manrique fuera de ellas, para estabilizar la nave de la nación española en tiempos de revolución democrática. Las mismas que había imaginado el sector más desencantado del fuerismo, el neocatólico, cuando, alarmado por el tiempo de democracia iniciado en 1868, se pasó a las filas del carlismo.

Esas mismas virtudes, transmitidas por la sangre, eran las que habían animado los orígenes de la patria venezolana. Así, las familias venezolanas de origen vasco «conservan esas costumbres austeras de los tiempos pasados, la tenacidad en el cumplimiento del deber, la honradez en el trato y hasta la rigidez de sus opiniones». Dicho esto, ya solo quedaba al autor descubrir la participación del *elemento vasco* en el «crepúsculo de las nacionalidades modernas» que culmina en Bolívar, «el descendiente de los antiguos íberos quien vendrá a completar la obra de España, emancipando el continente que ella había fundado».

Por eso, «Bolívar, el genio de América, es también el genio de España». No podía ser de otra forma pues ambos pueblos estaban unidos por un mismo vínculo sanguíneo: el de los antiguos íberos. La República proclamada en España en 1873 hermanaba políticamente con las americanas en la senda de la democracia, la libertad y el progreso, como culturalmente ya lo hacía de la mano de la historia, la religión y la lengua. Y así, a la altura de 1874, «América en España y España en América: he ahí nuestra misión histórica y literaria para poder conservar en ambos mundos la unidad de la familia, las glorias comunes, el espíritu de los grandes pueblos, unidos para siempre en las nobles conquistas de la civilización moderna». Y era el «elemento vasco» el que actuaba de engarce étnico de ambos mundos, cuya representación culminante era el héroe americano por antonomasia, el «Washington del sur». La sangre vasca de la colonia española había

hecho la nación venezolana. Por eso el folleto que contenía este discurso patrio terminaba con una larga disquisición genealógica de apellidos venezolanos de origen vasco, que comunicaban a la patria con la etnia primigenia que había alimentado la madre patria española y su hija venezolana, hermanadas en la figura del Caudillo libertador.

Indalecio Prieto y Jose Antonio Aguirre en la política vasca, 1930-1960



La charla fue impartida por Luis Sala González, Doctor en Historia Contemporánea, el 21-3-2019 y en resumen se dijo:

Empiezo agradeciendo a la escuela de ciudadanía Hartu Emanak y en particular a Agustín del Valle la invitación a dar esta charla, y me alegra especialmente hacerlo en esta escuela de comercio de Bilbao que acaba de cumplir 200 años y a la que estoy muy unido, como exalumno y porque mi padre, Ramón Sala Balust, fue profesor y director entre 1975 y 1982.

Cuando José Antonio Pérez me planteó compartir este rato con ustedes, le di el título y volví a releer este libro (Vidas Cruzadas. Prieto y Aguirre) que presenté hace ya casi un año con José Luis de la Granja y en el que hemos reunido cerca de 200 documentos y 80 fotografías de las dos personalidades políticas de las que vamos a hablar hoy.

Este libro venía a culminar una serie de obras que ha realizado el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad del País Vasco en el último decenio, desde la conmemoración de los cincuentenarios de las muertes de Aguirre y Prieto, acaecidas en 1960 y 1962. Cabe mencionar algunas de ellas: Sobre Aguirre, la exposición *El lehendakari Aguirre y sus Gobiernos*; su biografía, titulada *La política como pasión* y escrita por Ludger Mees, José Luis de la Granja, Santiago de Pablo y José Antonio Rodríguez Ranz; la serie documental *El Gobierno vasco en el exilio*, emitida por ETB .

Sobre el líder socialista bilbaíno, el libro, que coordinó José Luis, *Indalecio Prieto. Socialismo, democracia y autonomía*, editado también por Biblioteca Nueva, en el que

colaboraron Juan Pablo Fusi, Santos Juliá y Alonso Puerta; la exposición *Indalecio Prieto y la política vasca*, cuyo comisario fue Ricardo Miralles; y el libro de Luis Sala *Indalecio Prieto. República y socialismo*, basado en su tesis doctoral, dirigida por Juan Pablo Fusi y Antonio Rivera y defendida en dicho Departamento ante un tribunal presidido por Santos Juliá.

Lo que distingue a este libro de los anteriores es que no estudiamos por separado a Aguirre y a Prieto, sino que analizamos conjuntamente sus biografías políticas durante 30 años: sus *Vidas cruzadas* desde que coincidieron en las Cortes de la II República en 1931 hasta que fallecieron en el exilio con apenas dos años de diferencia.

Para elaborar esta obra hemos contado con el Archivo de la Fundación Prieto en Alcalá de Henares y del Archivo Histórico de Euskadi en Bilbao, que conserva los fondos documentales de los Gobiernos de Aguirre entre 1936 y 1960, proceden la mayoría de las 45 cartas que se cruzaron Aguirre y Prieto desde 1936 hasta 1958: 17 en la Guerra Civil y 28 en el exilio, que reproducimos.

Este libro, dedicado íntegramente a ellos, se subtitula *Los padres fundadores de Euskadi*. La expresión *padres fundadores* puede referirse a un país, una ideología o un movimiento. Prieto y Aguirre no fueron los creadores de sus partidos políticos, el PSOE y el PNV, fundados por Pablo Iglesias y Sabino Arana; pero sí fueron los padres de un país, Euskadi, que nació institucionalmente el 1 de octubre de 1936 con la aprobación del primer Estatuto de autonomía por las Cortes republicanas, como había anunciado el propio Irujo unos años antes: “la existencia del Estatuto es tanto como la existencia de Euzkadi”, porque “el Estatuto es el reconocimiento de nuestra personalidad ante España y ante el mundo”.

Fue entonces cuando Euskadi pasó de ser un proyecto ideológico a convertirse en una realidad jurídica y un sujeto político. Y los padres indiscutibles de dicho Estatuto fueron Prieto y Aguirre, no solo por ser el presidente y el secretario, respectivamente, de la Comisión de Estatutos, sino sobre todo porque ellos fueron quienes consensuaron su texto definitivo en vísperas del golpe militar que provocó la Guerra Civil y negociaron la forma de nombrar al primer lehendakari iniciada ya la contienda. El buen entendimiento personal entre ambos líderes en 1936 fue imprescindible para la entrada en vigor del Estatuto y, fruto de ella, la constitución del primer Gobierno vasco de la historia, conocido como *el Gobierno de Euzkadi*.

Ellos mismos fueron conscientes de su papel transcendental en el nacimiento del autogobierno de Euskadi, como corroboran los telegramas que se cruzaron nada más ser elegido Aguirre el 7 de octubre de 1936. El primer lehendakari le escribió a Prieto que “le hemos recordado con emoción” y que el “pueblo vasco no olvida ni olvidará a quien como V. E. ha hecho posible con gran generosidad que (el) pueblo vasco recobre su libertad”.

En su contestación, el ministro Prieto declaró que para él era un “preciado galardón haber suscrito como presidente de la Comisión parlamentaria de Estatutos el dictamen que las Cortes aprobaron por aclamación estatuyendo esa autonomía”, felicitó

a Aguirre “por haber sido elevado a la más alta magistratura del país”, formuló votos por el éxito de su Gobierno, contando con su apoyo incondicional como diputado por Bilbao, y terminó su extenso telegrama con estas palabras: “Ofrézcole señor Presidente el testimonio de mi respeto y de mi simpatía”.

Hay que recordar que Prieto había sido la “bestia negra” (la expresión es suya) del nacionalismo vasco desde la Monarquía de la Restauración y que él y Aguirre fueron “acérrimos enemigos” (palabras también de Prieto) apenas cinco años antes, en 1931, por el proyecto de Estatuto de Estella, con su célebre Concordato vasco, descalificado por Prieto como “Gibraltar vaticanista”.

Todo ello lo superaron, pese a su rivalidad política, en aras de conseguir la autonomía de Euskadi, que solo era posible si el Estatuto era “una obra de concordia y transigencia”, como apuntó Prieto. Así sucedió en 1936: primero con su entente cordial con Aguirre en las Cortes en vísperas de la guerra y después con la alianza política del PNV y del Frente Popular, que lideraban, contra los sublevados, alianza encarnada en el Gobierno de unidad vasca del lehendakari Aguirre.

Desde entonces el respeto y la simpatía fueron constantes en la relación entre estos dos hombres, que fueron amigos durante los veintitantos años que vivieron desterrados en Europa y América, como prueba su rica y abundante correspondencia, que permanecía inédita: en ella son frecuentes expresiones como “mi querido amigo” o “le saludo con el afecto de siempre”.

Y también una fotografía (desconocida hasta ahora y reproducida en el libro), en la que se ve en bañador a Aguirre en la playa de San Juan de Luz en compañía de Concha, la hija de Prieto, el sobrino de este Luis Barandica y el nacionalista radical Lezo de Urreiztieta.

“La amistad Prieto Aguirre ha preocupado mucho incluso a correligionarios míos”, llegó a escribir el propio Aguirre en los años de la II Guerra Mundial, a pesar de volver a estar enfrentados políticamente por exigir el lehendakari la llamada “obediencia vasca” a los consejeros socialistas, algo que Prieto rechazó tajantemente y que está en el origen de la grave crisis que vivió el Gobierno vasco en 1943, por la dimisión del prietista Juan de los Toyos y la disidencia del otro consejero socialista en el seno de su propio partido: el aguirrista Santiago Aznar.

Su amistad se manifestaba en compartir una buena comida en el restaurante Jai Alai de Nueva York, en las visitas de Aguirre a la casa de Prieto en México o en las de este al piso de Aguirre en París, donde el 22 de marzo de 1948, después de comer juntos, conversaron a solas durante más de tres horas en una entrevista política fundamental, en la cual acordaron, entre otras cosas, la expulsión del consejero comunista Leandro Carro del Gobierno vasco a consecuencia de la Guerra Fría.

Entonces su amistad personal facilitó su nuevo pacto político, cuando Aguirre apoyó decididamente lo que se llamó el “Plan Prieto”: su intento de pactar con los monárquicos de don Juan de Borbón para derrocar la dictadura de Franco y restaurar la

democracia en España y la autonomía en Euskadi, porque para ambos democracia y autonomía iban juntas desde 1936. Ese intento fracasó y dio paso a la triste década de 1950, cuando el régimen franquista fue reconocido internacionalmente; de ahí que los dos tuviesen que morir en el exilio.

Buena muestra de su amistad fue el emotivo artículo que Prieto dedicó a Aguirre a raíz de su repentino fallecimiento en París en marzo de 1960, titulado “José Antonio y su optimismo”. En él elogia sus cualidades: “su simpatía personal, ciertamente arrolladora, y su ingénita bondad”; resalta sobre todo “su inquebrantable optimismo” y concluye con estas palabras: “Todos acaban de sufrir una pérdida irreparable”.

Cabe afirmar lo mismo cuando dos años después, en febrero de 1962 en Ciudad de México, murió Prieto. El último de los documentos que publicamos es una semblanza manuscrita del sucesor de Aguirre, el lehendakari Jesús María Leizaola, en la que sintetizaba con ecuanimidad la biografía y la personalidad de Indalecio Prieto: “un socialista cuyas cualidades personales le dieron durante toda su vida (...) una excepcional envergadura”. Y termina así: “Descanse en paz el socialista bilbaíno, sin cuya mención no será posible escribir la historia política de España en el siglo XX”.

La historiografía está de acuerdo a la hora de valorar las figuras de Prieto y Aguirre: fueron no solo los líderes más carismáticos del socialismo y del nacionalismo vascos, respectivamente, sino también los políticos y estadistas más relevantes de la Euskadi del siglo XX, a cuyo autogobierno contribuyeron de forma decisiva, por ser los artífices tanto de la Euskadi autónoma en la Guerra Civil como de los Gobiernos de unidad vasca durante el exilio. Por eso, su legado histórico ha sido el *pactismo*, esto es, el pacto político entre fuerzas políticas diferentes que tienen en común la defensa de la democracia y la autonomía.

Su alianza de 1936 ha sido de larga duración, pues ha llegado hasta nuestros días. El PNV y el PSOE constituyeron la base fundamental de todos los gabinetes de Aguirre y Leizaola. También lo fueron en la Transición con la preautonomía: el Consejo General Vasco, presidido primero por el socialista Ramón Rubial y después por el nacionalista Carlos Garaikoetxea, así como en los Ejecutivos de Ardanza con el Pacto de Ajuria Enea.

(Sería muy interesante hacer este ejercicio con las Vidas Cruzadas de Xabier Arzalluz, recientemente fallecido, y Txiki Benegas, los dos hombres que capitanearon el nacionalismo y el socialismo vasco durante 20 años, desde 1977-78 (muerte de Ajuriaguerra) hasta 1996 (victoria del PP en las generales), dos personalidades que, pese a la distancia política, mantuvieron la estima personal).

Y desde 2016 el actual Gobierno de Urkullu se sustenta de nuevo en la coalición PNV-PSE. Por tanto, durante 57 de los 83 años transcurridos desde 1936, los sucesivos Gobiernos vascos han estado compuestos principalmente por esos dos partidos, que representan las culturas políticas más arraigadas en Euskadi desde que surgieron a finales del siglo XIX.

De los años del acero a los años del claroscuro Euskadi, 1960-1980



La charla fue impartida por Raúl López Romo, doctor en Historia Contemporánea y responsable de educación del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo, el 2-5-2019 y en resumen se dijo:

Introducción

El tema de mi conferencia es la evolución social y política del País Vasco entre 1960 y 1980. Un tiempo vivido por algunos de vosotros. El título de mi charla lo he tomado a su vez de los títulos de dos libros: el de JAP, vuestro profesor, sobre el tardofranquismo (los años del acero) y el mío propio sobre la transición (años en claroscuro). En ambos casos la intención se intuye, pero lo iremos viendo con más detalle.

Enfoque.

Quiero plantear una idea principal: la historia del País Vasco reciente se ha escrito atendiendo fundamentalmente a criterios étnico-nacionales o territoriales: la evolución de ETA, la construcción del autogobierno, etc. Pero, con ser eso importante, junto a ello hay elementos sociales también fundamentales. Aspectos de clase, de género, de

orientación sexual incluso; cambios culturales... Hoy nos centraremos en esto último, que evolucionó en relación con el proceso político, no separadamente.

Estructura.

Dividiré mi intervención en tres partes. Una primera estará dedicada a la década de 1960. Una segunda será sobre los años 1970-1975, o el tardofranquismo. Y la tercera parte tratará sobre la transición, en la segunda mitad de los setenta. En total, será un repaso obligatoriamente rápido a 20 años de historia, a unos años clave, porque en ellos se asentó la democratización de Euskadi en el marco de fuertes problemas que la lastrarían hasta fechas muy recientes. Pero vayamos al principio. ¿Por qué empezar en los años sesenta? Me voy a apoyar en Juan Pablo Fusi para tratar de contestar a esto.

Los años 60: los años de la ruptura.

Aquí hubo “una verdadera ruptura histórica (...) culminó y se generalizó la transformación de la región (...) en una sociedad industrial y altamente tecnificada, urbana, profesional y de masas”, p. 27. Factor esencial: liberalización de la economía en 1959 tras 20 años de autarquía, con el Plan de Estabilización, aunque el desarrollismo en el PV estuvo impulsado sobre todo por la iniciativa privada y las exportaciones.

El PIB vasco-navarro se triplicó entre 1960 y 1975.

Esto se debió sobre todo al desarrollo industrial, que en 1975 suponía un 53% del PIB del País Vasco y Navarra, por el 5% de la agricultura en el PV. Por tanto, la imagen típica del PV rural, del caserío, no se correspondía con la realidad.

La población activa industrial entre 1960 y 1971 pasó del 59% al 53% en Vizcaya. Disminuyó por los inicios de la progresiva terciarización, pero todavía era una sociedad mayoritariamente industrial y en las otras provincias la población activa industrial aumentó, sobre todo en Álava y Navarra porcentualmente.

Esta expansión industrial se sostuvo sobre fábricas y empresas señeras, que en la mayor parte de los casos ya procedían de la primera industrialización: AHV, Babcock-Wilcox, Echevarría, la Basconia, la Naval, Euskalduna, Sefanitro, General Eléctrica, Firestone, Dow Unquinesa, etc.). Esto es, industria pesada y concentrada en fábricas grandes de miles de obreros en el Gran Bilbao, en torno a siderometalurgia, astilleros, neumáticos y químicas.

En 1972 el 34% de la producción siderometalúrgica española salía del PV (de ahí ese título de Los años del acero), y solo en 1973 se construyeron 56 barcos en Vizcaya.

Población: en esa década llegaron 148.000 inmigrantes a Bizkaia y al final de la misma, en 1971, Bizkaia estaba a la cabeza en renta per cápita de España, seguida por Guipúzcoa y Álava, por ese orden. Pero el crecimiento se centró en unas comarcas, mientras otras, como las Encartaciones en Bizkaia o los valles occidentales en Álava quedaban

estancadas. El flujo migratorio había empezado ya en la década de los cincuenta y continuó hasta mediados de los setenta, cuando se detuvo por la crisis.

En 1975 el Gran Bilbao concentraba casi el 80% de la población vizcaína. En la década de los 60 Bilbao aumentó su población en más de 100.000 habitantes, es decir, una cuarta parte del total, llegando a más de 400.000.

Efecto: desastre urbanístico. En el cinturón de San Sebastián y sobre todo en el Gran Bilbao, “un fracaso urbanístico”: Santutxu, Otxarkoaga, Rekaldeberri, Uribarri... En 1970 apenas ya había espacio para construir, no había zonas verdes y la contaminación se disparó.

Disponemos de un informe sobre la calidad del aire con datos de Erandio y Baracaldo elaborado en 1970 por la delegación de Industria en Vizcaya.

En Erandio, de un total de 337 días de ese año cuya información está disponible, hubo 70 (un 20,7%) en los que se detectaron valores de dióxido de azufre (SO₂) fuera de la “concentración límite tolerable”. El SO₂ es un gas acidificante cuyo efecto medioambiental más conocido es la lluvia ácida. Sobre la salud humana afecta sobre todo a las vías respiratorias.

En Baracaldo, también en 1970, se sobrepasó los límites tolerables de “humos en el ambiente” (partículas en suspensión, PM, cuyo origen era mixto, desde el tráfico hasta la actividad industrial de la zona) en 41 de los 221 días con información, un 18,5%. En total hubo 98 días (un 27,5%) con exceso de contaminación por dióxido de azufre, humos o ambos. Por meses, destacó negativamente octubre, cuando hubo doce días con exceso de SO₂ y once de PM.

Según el Decreto de 1975 de protección del ambiente atmosférico, se producía una emergencia de primer grado a partir de 800 microgramos por metro cúbico ($\mu\text{g}/\text{m}^3$) de concentración media de SO₂ en un día o 610 $\mu\text{g}/\text{m}^3$ de concentración acumulada en siete días. En Erandio hubo picos de 1.026 $\mu\text{g}/\text{m}^3$ en septiembre de 1970 y de 1.083 $\mu\text{g}/\text{m}^3$ en octubre del mismo año, más del doble del umbral de alerta actual.

AHV tuvo escapes contaminantes en Baracaldo en 23 de los 30 días de septiembre de 1969.

Esto se va a traducir en un descontento social. En octubre de 1969 dos vecinos de Erandio (Antón Fernández y Josu Murueta) murieron a resultas de la intervención de las Fuerzas de Seguridad contra las protestas que vecinos de esa localidad, que entonces era parte de Bilbao, venían desarrollando contra la contaminación.

Más allá de ese caso concreto, la cuestión de la contaminación atmosférica se convirtió en central para las asociaciones de familias en estas fechas: protestas contra el vertedero de Artigas en Bilbao, contra la instalación de una fábrica de amoniaco de Sefanitro, etc. Aunque estas protestas tenían un perfil político solo en parte, las mismas nos llevan al

capítulo de la movilización y del antifranquismo, que conoció también un desarrollo a lo largo de la década.

A principios de los sesenta, según Fusi, “la sociedad vasco-navarra era, no obstante el estallido ocasional de algún conflicto aislado, una sociedad altamente desmovilizada”, p. 37, pese a la labor de comunistas (Ramón Ormazabal, Tomás Tueros, Agustín Ibarrola), socialistas (Ramón Rubial, Antonio Amat, Eduardo López Albizu, Nicolás Redondo) y nacionalistas del PNV (Juan Ajuriaguerra o Luis M^a Retolaza), que trataron de reconstruir sus organizaciones en el interior. Pero junto a ellos, también había numerosos vascos bien situados en el engranaje del poder franquista, tanto en el Gobierno como en los ayuntamientos y diputaciones.

Ello empezó a cambiar precisamente en los 60, con consecutivos estados de excepción, primero por la conflictividad laboral: en 1962 (V y G, en huelgas iniciadas por los mineros de Asturias) y 1967 (V, huelga de bandas de laminación de Etxebarri, la más larga del franquismo con 163 días, medio año). Aunque las huelgas fueran ilegales, aumentaron como forma de presión para negociar los convenios colectivos a través de jurados y enlaces sindicales.

Al hilo del desarrollismo, durante la España del tardofranquismo, desde los años sesenta, surgió un nuevo movimiento obrero con formas organizativas asamblearias, públicas y abiertas, organizado en torno a colectivos como las Comisiones Obreras, a partir de las huelgas de 1962. Estas no eran un sindicato formalmente constituido (imposible en aquellos años), sino un movimiento sociopolítico de oposición antifranquista y en favor de los intereses de los trabajadores.

Después los estados de excepción se aplicaron para responder a los inicios de la actividad de ETA en 1968 (Manzanas, G) y en 1970 (Proceso de Burgos, 1^o en G y luego en toda España). ETA como nuevo nacionalismo, nueva generación frente a la pasividad del PNV, influida por la nueva izquierda, proclive a la violencia y a vengar la derrota de sus mayores en la GC.

A finales de la década la situación se había deteriorado enormemente para el franquismo, con el Proceso de Burgos como un “verdadero desastre político y propagandístico” (Fusi) y ETA en auge dentro de la espiral acción-reacción.

El vertiginoso final del franquismo en el PV (1970-1975)

En esta segunda parte de mi intervención vamos a entrar en la recta final de la dictadura, unos años marcados por la crisis del régimen y por la continuación de la espiral de violencia puesta en marcha en 1968.

En 1973 el asesinato de Carrero Blanco fue la cúspide de la “lucha armada” de ETA por lo que significaba el magnicidio y por la simpatía que despertó en el antifranquismo.

En 1974 la masacre de la cafetería Rolando, con 13 víctimas civiles, debe hacernos pensar en los aspectos morales del empleo del terrorismo, incluso bajo una férrea dictadura como la franquista.

En 1975 llega último estado de excepción (abril) y los últimos fusilamientos (sept.), en paralelo al desarrollo de grupos incontrolados parapoliciales: aumento de la represión y sigue la espiral acción-reacción.

Pero la conflictividad iba más allá de ETA. La conflictividad laboral había quedado condicionada por la represión de las huelgas de 1970, en solidaridad con los presos de ETA condenados en Burgos. Desde 1973-74 se reactivó. En el mundo laboral la cuestión estaba entre participar en las elecciones sindicales (el “entrismo” de CCOO) o rechazarlo de plano (opción de UGT y ELA).

La huelga general de diciembre de 1974 fue una prueba del músculo de la izquierda radical (no convocaba el PCE, sino ORT, MCE, LCR, así como PSOE y UGT), con más de 100.000 huelguistas. La “nueva izquierda” surgida del “largo 68” mostraba cierta fortaleza, pero división en múltiples siglas, y después, en las elecciones, poco respaldo. En estas fechas las protestas se trasladaron a todos los sectores productivos: banca, hospitales o escuelas (JAP) y la afiliación a los sindicatos clandestinos conocieron un crecimiento significativo.

En estos años también aumentó el protagonismo de las asambleas de trabajadores. Sobre todo en Vitoria, donde desembocó en los trágicos sucesos del 3 de marzo de 1976, con cinco huelguistas muertos por disparos de la Policía, culminación de un conflicto que se arrastraba desde finales del año anterior y en el que el protagonismo había sido de un nuevo, joven y radicalizado movimiento obrero. Lo veremos después.

En paralelo al movimiento obrero, en aquellos años también se desarrolló el movimiento vecinal. En los suburbios de Bilbao, San Sebastián, Vitoria, Rentería, Barakaldo o Eibar, en protesta por las precarias condiciones de vida, fue donde, al calor de la Ley de Asociaciones de diciembre de 1964, comenzó a proliferar uno de los gérmenes del activismo social todavía en tiempos de dictadura: las asociaciones de familias. Éstas presentaron unos estatutos que, de cara a las autoridades, resultaban políticamente inocuos. Pero detrás de ellas había, entre otras personas, militantes de partidos políticos en la clandestinidad, con una notable presencia de mujeres. La mencionada ley decía que las asociaciones que se crearan tenían que respetar “los principios” del Movimiento Nacional.

En un principio intervinieron en una serie de iniciativas concretas “de gestión”, como “conseguidores”: urbanización y asfaltado de calles, vallado de espacios públicos, instalación de puestos reguladores, iluminación de calles, organización de campeonatos infantiles de cuentos, pintura, dibujo, pelota y fútbol, construcción de colegios... Entre sus proyectos figuraba la reclamación de construcción de ambulatorios, locales sociales y mejores comunicaciones mediante transporte público.

“Las Asociaciones de Familias empezaron reclamando semáforos o asistencia sanitaria y acabaron reivindicando Ayuntamientos democráticos” (Carme Molinero y Pere Ysàs). Según Manuel Pérez Ledesma, “en los primeros años (...) las reclamaciones no iban más allá de las necesidades inmediatas de equipamiento de cada barrio (...). En cambio, en los años de la Transición, el movimiento vecinal incorporó nuevas formas de presión, en especial las manifestaciones callejeras”.

Suele decirse que Franco murió en la cama; que el antifranquismo, por tanto, en sus diferentes vertientes, ya fuera a través de huelgas, de protestas vecinales, de manifestaciones o en su extremo de violencia, no tuvo fuerza suficiente para derrocar al régimen, pero durante los años siguientes, particularmente en 1976, la presión desde abajo sí fue clave para que los intentos continuistas fracasaran.

La transición: entre nuevos movimientos sociales y plomo

Entramos en la tercera y última parte de mi intervención, desde la muerte de Franco hasta el final de la transición, sobre el que se discute, pero que viene a coincidir bien con la culminación del diseño autonómico del Estado en el caso de Euskadi (1980), bien con la victoria socialista a finales de 1982 para lo que tiene que ver con toda España.

No sólo es que el final del franquismo abrió una nueva etapa para los movimientos sociales, sino que algunos de éstos, especialmente el obrero y el estudiantil en lugares como Madrid, Cataluña o el País Vasco, fueron activos fundamentales en la desestabilización del régimen dictatorial durante la última etapa del mismo y en el condicionamiento de la acción de los primeros gobiernos de la Monarquía.

Desde el punto de vista de la conflictividad social las perspectivas que se les ofrecían a las autoridades de la dictadura para el año que entraba no eran halagüeñas. Eso se refleja en las Memorias anuales de gestión de los gobiernos civiles de las diferentes provincias. Franco acababa de morir y había una gran cantidad de convenios colectivos pendientes de negociación, lo que pensaban que podía desatar la caja de los truenos. Efectivamente, la conflictividad, especialmente la obrera, se multiplicó en los primeros meses de 1976. Fue “la mayor de cuantas tuvieron lugar en España desde la Guerra Civil”, como ha afirmado el historiador Manuel Redero, y marcó un punto de inflexión.

Antes me he referido a los sucesos del 3 de marzo del 76 en Vitoria. Dicho movimiento había ido creciendo de fábrica en fábrica, desligado del control y la coordinación de los sindicatos, saltando de los centros laborales al espacio urbano mediante la convocatoria de varias huelgas generales y manifestaciones en el centro de Vitoria. Los trabajadores realizaron continuas asambleas (ilegales, en ese momento), reuniéndose especialmente en iglesias. Hasta 49 asambleas detectó la policía solamente en el mes de enero. Al mes siguiente, en febrero, las asambleas se multiplicaron y llegaron a 168, pero en marzo, tras los graves sucesos del día 3, la cantidad bajó hasta apenas alcanzar la docena.

Consecuencia: aparte de deteriorar la imagen del Gobierno, contribuyeron a la unión de la oposición antifranquista en Coordinación Democrática (la popularmente conocida como «Platajunta») y fueron uno de los factores que ayudaron a la caída del gabinete de Arias Navarro en junio del mismo año y su sustitución por el presidido por Adolfo Suárez.

Como hemos visto, no fue un camino de rosas, y las libertades se fueron alcanzando a costa de muchas víctimas. El ciclo de protestas de la transición alcanzó su punto álgido en 1976-77, y a partir de 1978 disminuyó, no por casualidad cuando las reivindicaciones básicas de libertades (amnistía, elecciones libres, libertad sindical, expresión, manifestación) se habían conseguido. El Aberri Eguna o el 1º de mayo de 1977 todavía fueron ilegales, a partir de entonces no. Pero entre 1975 y 1977, “para muchos trabajadores se trató de su primera movilización” (JAP).

A nivel local, las elecciones municipales de 1979 y la democratización de los ayuntamientos trajo consigo el declive del movimiento vecinal, que en casos como Bilbao había sido muy potente. De hecho, fue clave, por ejemplo, para conseguir la dimisión de la alcaldesa Pilar Careaga en 1975, después de una campaña coordinada.

Movimientos beneficiados o derivados

Junto a los cambios políticos hubo en aquellos años otro tipo de rápidos cambios sociales y culturales. Movimientos como el feminista, el de gays y lesbianas o el antinuclear no fueron «iniciadores» como el obrero, estudiantil o vecinal, sino que formaron parte de una segunda generación de movimientos sociales que afloraron en la segunda mitad de la década de 1970, que, en cierta medida, podemos considerar «beneficiados», y que plantearon temas novedosos en el espacio público.

Movimiento feminista.

La eclosión del movimiento feminista en el País Vasco se produjo en las Primeras Jornadas de la Mujer de Euskadi, en diciembre de 1977. Estas jornadas fueron el fruto, en buena medida, de la necesidad de autoconfirmación de las mujeres feministas y de puesta al día de los principales puntos de la agenda reivindicativa de la época. Este pionero encuentro finalizó sin unas conclusiones concretas compartidas por las asistentes. Pero fue útil principalmente en dos sentidos: a nivel personal como inyección de autoestima y a nivel colectivo como hito fundacional, como eclosión del movimiento feminista en el País Vasco, lo cual quedaba reflejado ya en los propósitos previos de las organizadoras: “Nuestro deseo es que sea un encuentro donde se hable, se escuche las opiniones y las experiencias de todas las que nos animamos a acudir a ellas; es imprescindible el juntarnos, sentir nuestra fuerza, saber qué nos une, saber cómo tú, ella, yo sentimos, hablamos nuestra inferioridad, explotación, marginación...”.

En Leioa se comenzó a vislumbrar un importante movimiento social y, además, dicho congreso fue el germen necesario para la potenciación de las Asambleas de Mujeres de

las tres provincias. A la altura de 1980, las manifestaciones por el Día de la Mujer Trabajadora juntaron a unas 8.000 participantes en las capitales vascas, lejos de las cifras de los últimos años, pero estamos hablando de los orígenes.

Las demandas del movimiento feminista se centraron en una amplia colección de temas: despenalización del aborto, legalización de los anticonceptivos, educación sexual, coeducación, planificación familiar, derogación de leyes discriminatorias, amnistía para los llamados delitos de la mujer (prostitución, aborto, adulterio), sensibilización y manifestaciones contra las violaciones y los malos tratos, iniciativas contra el paro femenino y por un trabajo asalariado en igualdad de condiciones, por una ley de divorcio, por servicios públicos que descargasen a las mujeres de las tareas que la sociedad las había asignado, antimilitarismo, información sobre lesbianismo, etc.

Movimiento de gais y lesbianas.

Las organizaciones del movimiento de gais y lesbianas nacieron envueltas en la vorágine de la Transición en el País Vasco. Sus integrantes acudieron con pancartas propias para sumar fuerzas en las manifestaciones que se convocaban a favor de la amnistía, en contra de los proyectos de construir varias centrales nucleares la costa vasca, en los primeros de mayo junto al movimiento obrero o al lado de las feministas a favor de la despenalización del aborto, por una ley de divorcio y en los días de la mujer trabajadora.

¿Cuáles eran sus demandas? Eran prioritarias las reclamaciones de amnistía, derogación de la LPRS y despenalización de la homosexualidad, mayoría de edad a los 16 años y supresión de la censura por razones de índole moral. Asimismo, se reivindicaba la no consideración de la homosexualidad como una enfermedad, con la “prohibición explícita de aplicar terapias aversivas”, y la asunción por parte de la Seguridad Social de responsabilidades en la prevención y el tratamiento de enfermedades de transmisión venérea.

Si el movimiento feminista consiguió juntar a unas 8.000 personas en 1980, la capacidad de convocatoria del movimiento gay fue bastante inferior, congregando a unas 2.000 personas en el Día del Orgullo Gay (28-J) de 1979 o en la manifestación de protesta contra la muerte de un travesti, Francis, en un bar de Rentería en 1979, por el disparo de un policía fuera de servicio. Otros movimientos, como el antinuclear, contaron con un respaldo mucho mayor, como ahora veremos.

Movimiento antinuclear.

El Gobierno franquista impulsó más de una veintena de proyectos de grupos nucleares, repartidos por toda la geografía española. De ellos, tres estaban destinados a ubicarse en la costa vasca, concretamente en las localidades de Deba (Gipuzkoa), Ea-Ispaster y Lemóniz (Bizkaia), otro en Santa M.^a de Garoña, en Burgos, cerca del límite con Álava, y uno más próximo a Tudela, en la zona de la Ribera del Ebro en Navarra. De todos estos proyectos se materializó temprano el de Garoña, central puesta en marcha en 1970. Los otros se fueron abandonando en distintos momentos, menos el de Lemóniz, municipio situado en la costa de Bizkaia, entre Górliz y Bakio, cuyas obras comenzaron en 1972.

Cuando en 1972 arrancaron las obras, nadie sospechaba la enorme controversia que terminaría suscitando la central nuclear de Lemóniz. Ubicada en un rincón de la costa vizcaína, iba a ser la joya de Iberduero, la empresa promotora, pero se convirtió en su peor pesadilla.

En 1976 la Comisión de Defensa de una Costa Vasca No Nuclear comenzó a protestar contra proyecto. El impulso para poner en marcha la Comisión de Defensa partió de las redes sociales de la oposición a la dictadura y, en concreto, de la incipiente sociedad civil, especialmente de las legales asociaciones de familias. Pronto se sumaron a ella los Comités Antinucleares, en los que se integraron numerosos jóvenes activistas de la izquierda y del nacionalismo radical.

Los Comités Antinucleares también fueron llegando a multitud de localidades. Sólo en Bilbao llegaron a existir en torno a una decena, repartidos en barrios. Además, junto al antinuclear fue desarrollándose un incipiente movimiento ecologista. Estas divisiones tuvieron que ver con las diferentes prioridades que cada grupo tenía, unos más conservacionistas, otros más políticos.

De todas formas, el mayor protagonismo lo tuvo la controversia en torno a Lemóniz. Entre los argumentos empleados para oponerse a la central, solía insistirse en la cercanía del Gran Bilbao, una conurbación de cerca de un millón de habitantes. En caso de un accidente nuclear, se decía que sería imposible evacuar de forma ordenada a todos los posibles afectados, exponiéndolos a la contaminación. Después, los casos de Chernóbil (1986) y Fukushima (2011) demostrarían que el riesgo de una fuga radioactiva de consecuencias catastróficas era real.

En primer lugar, la Comisión de Defensa y los Comités Antinucleares convocaron manifestaciones pacíficas que reunieron a decenas de miles de personas. Plencia-Górliz (1976), Bilbao (1977), Lemóniz (1978), etc., fueron escenarios de algunas de las más multitudinarias. El movimiento antinuclear fue uno de los más grandes, activos y persistentes de los que protagonizaron la transición en Euskadi. Muchos se asustaron ante la posibilidad de tener una planta atómica cerca de casa.

En segundo término, ETA no tardó en instrumentalizar el tema para sus propios fines. En los años sesenta alguno de sus miembros había teorizado sobre las bondades de la energía nuclear de cara a obtener la independencia energética de Euskadi. Pero en los setenta las cosas se veían diferente. Primero, el ecologismo político se había desarrollado

en la estela de mayo del 68, propugnando la necesidad de un cambio de vida y, en este caso, también de relaciones con la naturaleza. Segundo, la crisis del petróleo hizo disminuir la necesidad de energía eléctrica. Fue el prolegómeno del desmantelamiento industrial, que afectó duramente a Euskadi. Tercero, ETA había ganado muchas simpatías por su actividad contra la dictadura. En la transición, lejos de abandonar las armas, aprovechó esa aura de legitimidad para emprender una campaña de violencia brutal. Entre 1976 y 1982 las diferentes ramas de dicha banda terrorista acabaron con la vida de 347 personas: militares, policías, guardias civiles, acusados de ser confidentes o traficantes de droga... En resumen, por un lado, atentados contra las FSE (forzar concesiones del Estado); y por otra parte, contra la sociedad civil (control ideológico). Esos fueron exactamente los años en los que se ventiló la controversia (anti)nuclear.

En ese contexto extremadamente tenso, el terrorismo de extrema derecha también se cobró su cuota de sangre: 19 víctimas solo en 1980, su año más cruento. Pero el mayor reto contra las libertades públicas lo encarnó ETA, la organización terrorista más sangrienta, más longeva y la que ha contado con mayor apoyo social.

ETA, a su manera, enarboló la bandera antinuclear. En total, según cálculos de Florencio Domínguez, cometió 300 atentados dentro de su campaña contra Lemóniz. Primero arremetió contra instalaciones de Iberduero: torres de alta tensión, subestaciones eléctricas, vehículos de la empresa. Después atentó contra personas.

Después de estos asesinatos nada volvió a ser lo mismo. El movimiento antinuclear se dividió. Aquellos que no estaban dispuestos a que se matara en su nombre, se retiraron discretamente. Por su parte, los técnicos de Iberduero, atemorizados, dejaron de ir a Lemóniz. Sabían que podían ser los siguientes de esa lista macabra. Los políticos discutieron sobre cómo desatascar la situación: mediante un referéndum, haciendo depender la gestión de la central de un ente autonómico, etc. Pero el miedo fue el factor determinante que hizo que el proyecto quedara abandonado para siempre.

Contra lo que pudiera pensarse, Lemóniz también tuvo partidarios, más silenciosos que sus detractores, pero a los que no podemos ignorar. En el Parlamento Vasco, PNV, AP y UCD se posicionaron, cada uno con sus matices, a favor del funcionamiento de la central. Azterka, una empresa de análisis de la opinión pública, realizó el único estudio que existe sobre las preferencias de los vascos en torno a Lemóniz. Según el mismo, los partidarios de la paralización definitiva de las obras de la central ascendían al 41% de los encuestados. Los favorables a que funcionara eran el 38%. El peso de ambas posturas era similar.

Conclusiones

La Transición fue un intenso, breve y fundamental periodo que terminó sentando las bases de la que es la experiencia democrática más dilatada en la historia de España. Pero aquella se desarrolló, en el País Vasco, sobre un trasfondo cruzado por fuertes claroscuros

(de ahí los años en claroscuro): con unas instituciones débiles y una violencia política persistente.

Hartu Emanak.
Calle Ronda s/n (Ganbara)

Tel. 94 415 51 14 * 48005 Bilbao.
E-mail: hartuemanak@euskalnet.net
www.hartuemanak.org
DL: BI-57-2015

hartu-emanak –Asociación para el Aprendizaje Permanente y la Participación Social de las Personas Mayores –, se fundó en el mes de octubre del año 2002 y tiene como objetivo promover una sociedad participativa, democrática y solidaria. Su misión es desarrollar el protagonismo social de las personas mayores, aprovechando su potencial, experiencia vital y saberes contruidos a lo largo de su vida. Se proyecta en la sociedad a través de dos áreas: la llamada *aprendizaje permanente*, porque el aumento del conocimiento a lo largo de toda la vida favorece la consecución de la ciudadanía activa, y la denominada *participación social* para, en conexión con otras Asociaciones, trabajar en redes sociales y articular proyectos orientados a los fines antes expuestos.

hartu-emanak –Pertsona Nagusien Ikasketa Iraunkor eta Par taidetza Sozialerako Elkartea– 2002ko urrian sortu zen. Elkartearen helburu nagusia gizarte parte-hartzaileagoa, demokratigoagoa eta solidarioagoa sustatzea da. Pertsona nagusien protagonismoa garatu nahi du, dituzten aukerak, bizitzako esperientzia eta bizitza osoan zehar lortutako ezaguerak aprobetxatuz. Bi arloren bitartez agertzen da gizartean: *ikasketa etengabea*, bizitza guztian zehar lortutako ezaguerak herritar aktiboak izatea ahalbidetzen duelako, eta *partaide tza soziala*, beste Elkarte batzuekin batera, sare sozialetan lan egiteko eta lehenago adierazitako helbuetara bideratutako proiektuak egituratzeko.

www.hartuemanak.org

Organiza/Antolatzailea



Colaboran/Kolaboratzaileak

